

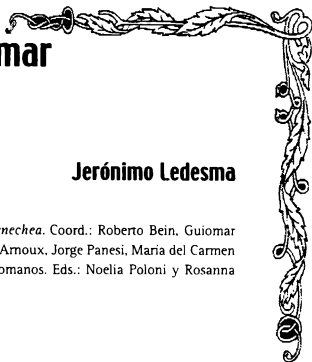
# Modelo para armar

Jerónimo Ledesma

AAVV. *Homenaje a Ana María Barrenechea*. Coord.: Roberto Bein, Guiomar Ciapuscio, Noé Jitrik, Elvira Narvaja de Arnoux, Jorge Panesi, María del Carmen Porrúa, Regula Rohland y Melchora Romanos. Eds.: Noelia Poloni y Rosanna Cabrera. Buenos Aires, Eudeba, 2006.

Éste no es el primer *Homenaje a Ana María Barrenechea*. Dos publicaciones anteriores, una de 1984, otra de 1987, llevan idéntico título. La segunda poco se parece a la que ahora reseñamos: un cuaderno blanco de sólo cien páginas, con cuatro textos críticos (de Jorge Panesi, Beatriz Sarlo, Mirta Stern y Susana Reisz) y una imagen de la homenajeada –la mejor que existe, sin dudas– redactada por Enrique Pezzoni. El cuaderno, editado por el Ministerio de Educación y Justicia y precedido por un Decreto de ese organismo, es extensión, en realidad, de un acto oficial: la entrega del premio “Amado Alonso” a la doctora Barrenechea por su “proficua labor en el campo de la enseñanza”. El primer *Homenaje*, en cambio, recuerda mucho al de ahora, como un pariente mayor, salvo en la calidad del libro, quizás porque es difícil para nuestra EudeBA vermácula competir con la Castalia española. Por extensión, diversidad y estructura se asemejan. No por imitación inerte sino por honrar a una misma persona y por inscribirse ambos en la tradición de los homenajes: género querido por las comunidades académicas, que es, al mismo tiempo, instrumento de legitimación de sus prácticas, expresión de reconocimiento de sus figuras ejemplares y oportunidad de edición de trabajos eruditos y dispersos. A quien quiera conocer otros hitos de esta tradición, le bastará visitar el Instituto de Filología Hispánica “Amado Alonso” de la UBA y recorrer los anaqueles donde descansan los muchos tomos en honor de Roman Jakobson, Menéndez y Pelayo, Dámaso Alonso, Américo Castro, entre otras personalidades.

Desconozco el contexto particular del primer *Homenaje*, quién y por qué dijo “hagámoslo”, pero coincide con el retorno de la democracia en la Argentina. Esa coyuntura le permitió a Barrenechea reasumir la dirección del Instituto de Filología Hispánica “Amado Alonso”, que había comenzado en



1958 con Frondizi e interrumpido en 1966 con Onganía. La iniciativa de este tercer *Homenaje* surgió como respuesta de colegas y amigos a un movimiento simétrico: la renuncia de Barrenechea en 2003 a la dirección del Instituto, hecho al que se alude algo enigmáticamente en las páginas 539 y 540 del tomo. La coordinación del proyecto corrió por cuenta de altas figuras de la Facultad (directores de institutos, titulares de cátedras o de programas de posgrado), quienes aportaron sus propios escritos y participaron al resto de los colaboradores. El resultado: 568 páginas en que se dan cita más de cuarenta investigadores con escritos de muy diversa índole, calidad y relevancia. Esta irregularidad es rasgo del género, pues los homenajes son por regla una despareja miscelánea (véase si no el tomo en honor de Borges de 1964), y la selección suele ser estricta con los nombres (que pertenecen a colegas, discípulos y amigos de la persona homenajeada) y más indulgente con los contenidos. Ninguna crítica, pues, vale acá: no todos los invitados a una fiesta son los más presentables y eso no impide que la fiesta salga bien. Mejor es dejar esa dimensión a la historia y a la sociología de las instituciones y dedicarse ahora a celebrar este segundo homenaje *argentino* a tan prestigiosa personalidad de nuestras Letras. Como se lee en la página 557 del primer *Homenaje*: "¡alabados sean los homenajes, testimonios de amistad e incentivos para los investigadores!".

Para favorecer la lectura, los textos aparecen distribuidos en cinco discretas secciones, cuatro netamente disciplinarias ("estudios críticos", "estudios lingüísticos", "estudios literarios", "problemas históricos y filosóficos") y una de corte evocativo ("semblanzas"). Una ficción de Ricardo Piglia abre el conjunto. Lo cierra una exhaustiva bibliografía –versión actualizada de la del primer *Homenaje*– que contiene todo lo que la fértil Barrenechea produjo desde 1940 hasta la fecha. El prólogo, firmado por anteriores autoridades de la Facultad –Félix Schuster y Cecilia Hidalgo–, proporciona al lector algunas escuetas coordenadas para situar en contexto la larga labor de la doctora como "profesora, investigadora o directora de publicaciones, programas y unidades de investigación".

Por fortuna, la solemnidad, otro rasgo del género, ha sido restringida en este homenaje a su mínima expresión, si no eliminada. Quienes incluyen en sus artículos a Barrenechea, acaso por saberla reacia a los ritos huecos, buscaron eludir el mero elogio. Un solo texto la evoca en persona: "Escrito está en mi alma vuestro gesto", de Marcela Croce, que nos la muestra en una versión pícaro y chispeante. Otros dos se le acercan estudiosamente: "La descifradora" de Jorge Monteleone y "De la filología a la crítica genética: una historia de conceptos y de prácticas" de Élica Lois. Las vueltas que da Monteleone para tratar ese "modelo que se llama Anita" (fórmula de Pezzoni), leyendo la crítica como autobiografía del crítico, citando a Wilde al comienzo y a Pezzoni al final, montan una candorosa escena de negociación entre el

agradecimiento y el pudor del método, entre la solemnidad y el más sentido abrazo. En un registro distanciado, Lois historiza las transformaciones de esa sección de los estudios crítico-filológicos, en su vertiente francesa (CAM, CNR, ITEM), donde Barrenechea habría intervenido fecunda y originalmente, convirtiéndose en la "iniciadora de los estudios genetistas en Hispanoamérica".

Aquí termina la inclusión directa de la homenajeadá en su homenaje. Pero que sólo tres textos le concedan un lugar prioritario no quiere decir que monopolicen o agoten las maneras de homenajearla. Todos conocedores del lenguaje y las formas académicas, los convocados saben que esas maneras son múltiples. Piglia, por ejemplo, entregó una ficción al estilo borgeano, que casa bien con la definición de ese estilo que la propia Barrenechea diera en su tesis doctoral de 1955 (publicada en 1957 como *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*). Noé Jitric prefirió reflexionar filosóficamente, con lógica apretada, sobre tres términos que están en la base de cualquier homenaje: la temporalidad, la memoria, la significación. El texto de Nicolás Rosa pinta un amplio fresco sobre la tarea del traducir, sobre sus dilemas teóricos y desafíos prácticos: en él los críticos, si no abrazan "el sueño homicida" de la utopía lingüística, podrán reconocer su propia tarea. Otros trabajos que, separados se leen como investigaciones particulares, en el marco del libro y unos junto a otros, se ponen a dialogar entre sí y con la propia Barrenechea sobre temas comunes, incluyendo el homenaje por el que están reunidos. Ejemplos: disertando sobre homenajes y centenarios en Cernuda, Melchora Romanos cita un cáustico pasaje de Borges, aplicable a todo homenaje, que Barrenechea debe haber leído con complicidad. Y esa cita resuena en las apreciaciones sobre el rito y las ceremonias que Malvina Salerno hace en su comunicación. Al abordar *El tratado del amor* de José Ingenieros, Jorge Panesi discurre sobre la relación de los intelectuales con el público medio, es decir, su "proyección", al tiempo que reflexiona sobre las figuras ejemplares y los modos del magisterio, temas también presentes en ese descontracturado esbozo de vidas paralelas que compuso Ana Camblong con Sarmiento y Macedonio Fernández.

Podrían encontrarse otros cruces y resonancias, como la extensa contribución de Halperin Donghi, que traza la biografía intelectual de Monseñor Franchesci, un contemporáneo de su amiga Anita, o el trabajo de Luis Alberto Romero y Lilia Ana Bertoni, que se ocupan de las "élites argentinas entre dos siglos" y "concluye en el momento aproximado en que Ana María Barrenechea iniciaba su vida académica" o el raro elogio de José Luis Romero, que refuerza el espíritu general del *Homenaje* situando al historiador y su obra como "hito ejemplar". Pero estas resonancias, no siempre previstas por los autores, eran pre-visibles, pues el homenaje ilustra, como se lee en el prólogo, "hasta qué punto es único e irrepetible la integración de conocimientos que expresa la obra de Barrenechea, pues el alcance de su producción cubre, en la actualidad, áreas disciplinarias de importante desarrollo autónomo especializado".

Tratándose de un volumen de eruditas misceláneas, su lectura puede beneficiar a varios tipos de lector, además de la homenajead. En primer lugar, el curioso universitario que quiera aprender de temas que no maneja o de los que apenas ha escuchado rumores tiene aquí material de sobra para saciar su pasión en todas las escalas. Encontrará trabajos que cubren un amplio espectro teórico y temporal (Roberto Bein y Osvaldo Guariglia sobre historia de la gramática y la filosofía ética, respectivamente); otros que se concentran en obras de autores particulares (Celina Manzoni sobre Margo Glantz, Susana Zanetti sobre Vicente Gerbassi, Beatriz Sarlo sobre Leopoldo Lugones, Ana María Zubieta e Ivonne Bordelois sobre Bioy Casares, María del Carmen Porrúa sobre Juan Goytisolo) o que ligan dos obras diferentes (Marta Gallo sobre Héctor Tizón y César Aira, Laura Cerrato sobre Beckett y Pizarnik, Susana Reisz sobre Pizarnik y Thenon; Lucila Pagliai sobre el epistolario Frías-Sarmiento); otros que se concentran en un texto o en un aspecto de un texto (Lia Schwartz sobre el *Menipo litigante* de Argensola, Arturo Echevarría sobre un cuento de Borges; Beatriz Colombi sobre la *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes); otros que toman objetos no literarios (Andrés Avellaneda sobre las políticas de investigación, María Palleiro sobre un cuadro de Marc Chagall, María Laura Pardo sobre la ficción. Guiomar Ciapuscio sobre el saber gramatical en la producción de textos); otros que analizan una minúscula categoría gramatical (María Marta García Negroni o Mabel Giammatteo), un objeto del discurso (Elvira Arnoux, Martín Menéndez, Alejandro Raiter), un género (Regula Rohland sobre la tragedia, Isaias Lerner sobre los "libros de variedad enciclopédica que conocemos como misceláneas")... Y así.

En segundo lugar, el especialista que busca agua para su molino puede hallar, por la misma razón, valiosos insumos, pues hasta de la filología del rebuzno en el Quijote (Alicia Parodi) se trata en este *Homenaje*.

En tercer lugar, naturalmente, el libro debe ser recomendado a todos los actuales estudiantes de Filosofía y Letras. Podrán leer en él, cómodamente reunidos, a quienes les enseñan y a quienes terminarán, de un modo u otro, pareciéndose.

Finalmente, el futuro historiador de la crítica argentina podrá investigar este volumen como un corte transversal en el cuerpo de la institución académica en los primeros años del siglo veintiuno. Podrá tomarlo entre sus manos y mirar con lupa los objetos, las metodologías, los estilos de escritura que cultivaron académicos de renombre, intelectuales consagrados, de nuestra variada ciencia de las letras.